



¿Es Turquía asimilable?

(Publicado en ABC, 19 de septiembre de 2006)

Florentino Portero

En letra impresa n° 619

19 de septiembre de 2006

Hace aproximadamente veinte años, cuando comenzaba a plantearse la entrada de Turquía en las instituciones europeas, un entonces joven redactor de ABC, hoy autoridad, y yo escribimos un «breve» reivindicando la identidad cristiana de Europa y, por lo tanto, la necesaria exclusión de Turquía. A ambos nos sorprendió tiempo después la ligereza con la que la Unión Europea recibió la petición turca de incorporación, aceptándola como posible y remitiéndose a cuestiones de homologación para establecer el momento oportuno.

La Unión Europea no nació con vocación de globalidad, sino de organismo regional. Como tal requiere de una identidad que le proporcione cohesión, más aún cuando el proceso de unificación es extremadamente complejo. Y esa identidad sólo la puede proporcionar nuestra historia común, ese formidable legado ju-

deo-cristiano que está en la base de la Ilustración y de todo el proceso jurídico y político posterior.

Desde entonces se han barajado argumentos de orden estratégico interesantes para justificar su incorporación. Turquía es un estado musulmán, una democracia algo peculiar, un miembro de la OTAN. Su entrada en la Unión daría más estabilidad a un proceso político difícil, actuaría como ejemplo e imán para otros estados musulmanes, tanto en Oriente Medio como en Asia Central. En Estados Unidos y en Israel son muchos los que apoyan su ingreso, casi tantos como los que en Europa se oponen. ¿Podría la Unión asumir una población de más de sesenta millones de turcos con unos índices económicos y de desarrollo humanos más bajos que la media? ¿Sería Europa viable con un número tan alto de musulmanes en su seno?

Pros y contras son sensatos y realistas. Sin embargo, no todos los argumentos tienen una importancia semejante. ¿De qué nos valdría ser capaces de asimilar a una población determinada si perdemos nuestra identidad y, con ella, a medio plazo, nuestros valores, leyes e instituciones? La clave, desde mi punto de vista, está en saber si la sociedad turca está dispuesta, por cultura y por voluntad, a incorporarse plenamente a nuestros valores comunes. O si, por el contrario, realizan una apuesta diplomática para mejorar sus condiciones de vida, sin renunciar a aquellos elementos que son contradictorios con nuestra cultura.

Las palabras del presidente Erdogan y de distinguidas figuras de la mayoría parlamentaria turca, a propósito de la intervención de Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona, dejan bien a las claras hasta qué punto Turquía, a día de hoy, está muy lejos de Europa. Si lo que Su Santidad dijo allí a propósito de la relación entre razón y fe, del diálogo entre religiones y del rechazo al uso de la violencia para imponer la propia fe causa escándalo en aquellas tierras, es evidente que Turquía no está en condiciones de entrar en la Unión.